

La batalla que decidió el trono de España

¿Puede una simple batalla cambiar el curso de la historia? La batalla de Almansa así lo prueba. La victoria de las tropas borbónicas de Felipe V dio un vuelco a la Guerra de Sucesión española. Tan solo un año antes su rival, el archiduque Carlos de Austria, se permitía soñar con el trono al proclamarse rey y entrar triunfal a Madrid. Pero Almansa cambió el destino de la guerra, de la corona, y en definitiva de la historia de España.



Almansa. 1707 y el triunfo borbónico en España
978-84-124830-4-8
504 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 25,95 €

En el verano de 1706, lo impensable se había tornado en realidad. Madrid estaba ocupada por las tropas del archiduque Carlos, proclamado ya como Carlos III. Mientras tanto, Felipe V, de campamento en campamento, esperaba los refuerzos provenientes de Francia, y rogaba fidelidad a los reinos de Andalucía. La Corona de Aragón se había perdido, y la situación en la Corona de Castilla era muy delicada. La guerra parecía haber alcanzado un punto de no retorno. Un año después, la situación no podía ser más diferente: en el verano de 1707 las tropas borbónicas avanzaban sobre Lérida tras ocupar Zaragoza y hacerse con el control del valle del Ebro, y sitiaban las últimas plazas archiducuales del reino de Valencia, con el territorio austracista limitado a Cataluña. En este cambio de tornas fue decisiva la batalla de Almansa, acontecida el 25 de abril de ese año, un choque que cambió el curso de la Guerra de Sucesión española. ¿Cómo fue posible tan espectacular giro de los acontecimientos? ¿Por qué el ejército borbónico fue tan superior en la batalla de Almansa? ¿Qué factores estratégicos, pero también políticos, económicos, logísticos y sociales sentaron las bases de este triunfo? En *Almansa. 1707 y el triunfo borbónico en España*, el historiador Aitor Díaz Paredes aborda este crucial choque para integrarlo en el retrato de un tiempo y de los individuos que lo vivieron, desde el prisionero de guerra al gran financiero, desde el taller donde se montaban los fusiles al gabinete donde se tomaban las decisiones: una historia global y comparada, que recorre esos doce meses que consolidaron a Felipe V en el trono y que cambiaron la historia de España.

«Un libro realmente imprescindible, por su exhaustiva documentación y construcción de un relato tan innovador como sugerente sobre la Guerra de Sucesión española. Sin duda, una lectura necesaria para comprender una etapa decisiva en la historia de España y Europa».

Rafael Torres Sánchez, autor de *Historia de un triunfo. La Armada española en el siglo XVIII*



Aitor Díaz Paredes (Pamplona, 1989) es graduado en Historia y doctor en Historia Moderna por la Universidad de Navarra. Su periodo de estudio se centra en el proceso de cambio dinástico y asentamiento de la dinastía borbónica en España durante las primeras décadas del siglo XVIII, y sus principales líneas de investigación son la logística militar y la producción armamentística preindustrial.

En librerías el miércoles 5 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

Almansa explicado por su autor



EN POCAS PALABRAS

En el verano de 1706, lo impensable se había tornado en realidad. Madrid estaba ocupada por tropas portuguesas, británicas y neerlandesas, apoyadas por regimientos de hugonotes franceses y migueletes catalanes, aragoneses y valencianos. En ese momento, parecía inminente la llegada a la capital del archiduque Carlos, el cual ya había sido proclamado como Carlos III. Mientras tanto, Felipe V, itinerante de campamento en campamento, esperaba los refuerzos provenientes de Francia, y rogaba fidelidad a los reinos de Andalucía. La Corona de Aragón se había perdido, y la situación en la Corona de Castilla era muy delicada. La guerra parecía haber alcanzado un punto de no retorno, y ni siquiera Luis XIV parecía dispuesto a seguir empeñando los recursos de la Monarquía francesa en la causa felipista.

Seis años antes, en noviembre de 1700, fallecía, sin descendencia, Carlos II. En su testamento, se designaba como heredero al duque de Anjou, nieto de Luis XIV. El nuevo monarca, que reinaría como Felipe V, contaba con el apoyo de gran parte de la Monarquía Hispánica, así como con la ayuda militar y económica de Francia. Frente al bloque borbónico, se formaba una alianza internacional en apoyo del candidato Habsburgo: el archiduque Carlos. Así, Francia y España, por un lado, y Austria, Gran Bretaña, Portugal y las Provincias Unidas, por el otro, combatieron en la península ibérica, pero también en Italia, Centroeuropa y los Países Bajos. En

juego estaban el vasto imperio español y el control de los mares. Una guerra civil, pero también global, que viviría en Almansa su punto de inflexión en aquel 25 de abril de 1707.

¿Cómo fue posible tan espectacular giro de los acontecimientos? ¿Qué factores estratégicos, pero también políticos, económicos, logísticos y sociales sentaron las bases de este triunfo? Y, en un sentido más amplio, ¿cómo puede integrarse la batalla, como hecho concreto, en un ensayo que se dispone a retratar una época, desde el prisionero de guerra al gran financiero, desde el taller donde se montan los fusiles al gabinete donde se toman las decisiones? Es a partir de estos interrogantes y retos desde donde el autor de este libro nos plantea un estudio de historia global y comparada, recorriendo esos doce meses que consolidaron a Felipe V en el trono y que, por lo tanto, cambiaron la historia de España.

Lo más novedoso...

Un libro de historia militar, que también hace historia social, económica, política y diplomática. El autor nos explica una guerra internacional y civil, un conflicto geopolítico y mercantil, con numerosas capas que van desde la alta diplomacia hasta los hogares de los paisanos del campo manchego. No se trata de una campaña de una guerra, sino de un retrato colectivo: una época condensada en unos meses que cambiaron la historia de España y de Europa.

Lo más sorprendente...

La contemporaneidad del conflicto. El peso de la propaganda y del control sobre la narrativa. La escala global de una guerra que era, más que dinástica, imperial y económica. La implicación de la población civil, desde el armero guipuzcoano al guerrillero valenciano. Vemos la guerra que marcó el siglo XVIII de una forma diferente y desmitificadora, con una Francia casi en bancarrota, una España mucho más competitiva de lo que se pensaba, y una potencia emergente, Gran Bretaña, recelosa de sus aliados.

Lo más polémico...

La afirmación por parte del autor de que el bando austracista no podía ganar la guerra. Los intereses enfrentados entre británicos y austriacos, la división en los mandos aliados, y las dificultades logísticas y sociales que presentaba la guerra en la península ibérica condenaban a la causa austracista. Tanto Felipe V como el archiduque Carlos eran peones del gran juego europeo. En 1707, todo esto quedó en evidencia de forma dramática, y marcó los siguientes años de guerra.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

El preludio comienza de forma misteriosa: un eclipse solar hace caer la noche sobre Barcelona un 12 de mayo de 1706. El simbolismo de esta escena es asombroso. El ejército borbónico, que asediaba la ciudad desde hacía un mes, no había podido tomar Barcelona. La llegada de la flota angloholandesa impidió que la armada francesa del Mediterráneo asistiese al ejército sitiador. El mando borbónico tomó la difícil decisión de levantar el asedio, y retirarse hacia la frontera francesa. Se trataba de una derrota que se presumía trascendental para el curso de la guerra en España, pues, si caía Barcelona, y con ella el archiduque Carlos, el austracismo quedaría descabezado, y resultaría muy difícil justificar la continuación de las hostilidades, tanto en la península ibérica como en el conjunto de Europa. Sin embargo, el fracaso de las tropas comandadas por el conde de Tessé y el propio Felipe V, suponía un desastre para la causa felipista, máxime cuando la retirada a Perpiñán provocaba la salida de Felipe V de España y su regreso a Francia. Además de lo que podía interpretarse como una huida del monarca, con él se retiraba un ejército mermado. Las bajas humanas y materiales hicieron del asedio de Barcelona una derrota inapelable. Entonces, en el momento en el que las tropas hispanofrancesas levantaban el sitio y comenzaban su penosa marcha, el cielo se oscureció. Un eclipse solar apagó las esperanzas borbónicas. Quienes vivieron aquella jornada no podían dar crédito a lo que acababa de suceder: Luis XIV, el todopoderoso Rey Sol, ya no brillaba sobre el firmamento europeo, y un nuevo orden se adivinaba entre las tinieblas.

En el **capítulo 1**, aprovechando tan simbólica casualidad, el autor abre el foco y responde a la primera pregunta de esta obra: ¿por qué Felipe V se empeñó en tomar Barcelona, en lugar de asegurar su posición en los reinos de Aragón y Valencia? Al igual que harían poco después los mandos aliados, priorizando la toma de Madrid a toda costa, el desastre borbónico era más que previsible y evitable. El curso de la guerra comenzaba a torcerse, y no había efectivos suficientes para arrancar la campaña con un objetivo tan ambicioso. La situación era más delicada de lo que podía parecer. Ciudades como Valencia o Zaragoza permanecían bajo la autoridad virreinal, pero el campo y la costa levantina eran casi imposibles de controlar. Reinaba la inseguridad, y el bando austracista, con partidas de migueletes y con la cobertura británica, aprovechaba la inercia para imponerse a las tropas españolas que trataban de mantener el orden. Para colmo de males, al tiempo que las tropas borbónicas se disponían a comenzar el asedio de Barcelona, un ejército anglo-luso, comandado por el conde de Galway y el marqués de las Minas, cruzaba la frontera extremeña. Semana a semana, sus tropas entraban en Cáceres, Ciudad Rodrigo, Salamanca... En junio de 1706, Felipe V no sólo había perdido los territorios de la Corona de Aragón, sino que también parecía estar a punto de perder la Corona de Castilla, y con ella, la totalidad de España.

Aquí es donde el autor detiene los acontecimientos, y dedica **el capítulo 2** a explicar dos cuestiones fundamentales para entender lo que estaba sucediendo: en primer lugar, la imagen que se quería proyectar del monarca, y, por extensión, el papel que jugaba la propaganda, que operaba a todos los niveles, desde el púlpito a las gacetas. Felipe V se nos aparece como un joven retraído, moderadamente culto, pero sin grandes facultades intelectuales ni dotes de mando, y con un comportamiento depresivo, cargado de altibajos... al cual se representa como rey-guerrero, un perfecto héroe llamado a ganar la guerra. El tiempo que dedicamos aquí a conocer la personalidad del monarca y sus años de formación en la corte francesa nos muestran también la influencia estética y conceptual francesa en los primeros años de la España borbónica. A continuación, descubrimos una esfera, la de la opinión pública, sorprendentemente reconocible. Esta imagen providencialista de Felipe V era potenciada por el clero y por las gacetas borbónicas, que basaban su relato en la defensa de la fe católica, la unidad de la Monarquía española y la legitimidad dinástica del candidato Borbón, frente al partido archiducal, al cual se acusaba de estar dispuesto a desmembrar la herencia de Carlos II con tal de pagar las deudas adquiridas con sus aliados protestantes.



Luis XIV se desmaya al conocer la noticia de la pérdida de Barcelona (1706), grabado anónimo, Rijksmuseum, Amsterdam. Caricatura neerlandesa en la que se muestra a Luis XIV sufriendo un desvanecimiento al conocer la noticia del fracaso borbónico a los pies de Barcelona. Intentan socorrerlo madame de Maintenon, el Gran Delfín y el conde de Toulouse, entre otras personalidades de la corte francesa. Arriba puede verse el eclipse solar que tuvo lugar el 12 de mayo, mismo día en el que las tropas hispanofrancesas se retiraron de la ciudad condal.

Luis XIV, el por entonces duque de Anjou, partiendo de la conclusión de que la guerra era inevitable y solo el ejército francés, el mayor de la época, podía garantizar la unidad del Imperio español. Esto cambiaba el mapa europeo tras dos siglos de enfrentamiento entre las monarquías francesa y española. Este seísmo en las relaciones internacionales consolidó la alianza entre las potencias marítimas, es decir, Gran Bretaña y las Provincias Unidas de los Países Bajos, y Austria. En juego estaba el futuro de las Españas peninsular, europea y americana. Esta pugna se proyectaba en la propia península ibérica: tanto Portugal como la España mediterránea, de Barcelona a Cartagena. Así pues, cuando a finales de junio de 1706 las tropas aliadas entraban en Madrid, la guerra parecía estar próxima a su fin.

Nada más lejos de la realidad. El **primer acto** arranca con la caballería borbónica entrando en Madrid el 4 de agosto de 1706. ¿Cómo, en apenas un mes, podía haber cambiado así el signo de la guerra? El **capítulo 4** se recrea en la entrada triunfal de Felipe V en la capital. La fiesta barroca y la exaltación popular nos permiten sumergirnos en el Madrid de 1706. Sin embargo, tras este breve descanso, en el **capítulo 5** volvemos al frente de guerra. Ahora nos encontramos con la brillante estrategia planteada por el duque de Berwick, generalísimo borbónico y, en sí mismo, retrato de una época: hijo natural de Jacobo II, se exilió a Francia con su padre cuando este fue derrocado en 1688. Los Estuardo, católicos, no tenían lugar en la anglicana Inglaterra. El mando en España fue su gran oportunidad para demostrar sus dotes de mando. Berwick sabía que, a la altura de mayo y junio de 1706, estaba en clara inferioridad frente a las tropas aliadas que avanzaban desde Extremadura y Cataluña. No obstante, contaba con la llegada de refuerzos franceses, que tenían que entrar en España durante el verano, y con la inmensidad del interior peninsular. Su plan era arriesgado, y consistía en no plantar batalla al enemigo, dejando que este fuese desgastándose según se internaba en territorio hostil, confiando en que la adhesión popular del pueblo castellano, firmemente borbónico, anulase a las tropas comandadas por el conde de Galway y el marqués de las Minas. Aislado en Madrid, el mando

Era un discurso sólido, que chocaba con la narrativa austracista, la cual azuzaba el sentimiento antifrancés y se presentaba como la continuidad con la tradición habsbúrgica. Los dos bandos recurrieron a la razón, al prejuicio e incluso a las noticias falsas. Un capítulo esencial para comprender cómo pensaban y sentían los españoles a comienzos del siglo XVIII.

Este preludeo del libro concluye con el **capítulo 3**, en el cual se nos plantea la Guerra de Sucesión Española como una guerra, si no mundial, sin duda global. Encontramos una excelente síntesis de las dos problemáticas de fondo: quién heredaría el trono de Madrid, y en qué condiciones lo haría. Durante el reinado de Carlos II, las potencias implicadas plantearon distintos escenarios a partir de fórmulas que preservasen el orden internacional y el equilibrio de poder continental y atlántico sin desencadenar una guerra de imprevisibles consecuencias. Al mismo tiempo, tanto Luis XIV como el emperador Leopoldo I hicieron lo posible para influir en la corte madrileña. Este doble juego no satisfizo a nadie, y, finalmente, fueron el propio Carlos II y su entorno inmediato quienes optaron por el segundo nieto de

aliado se vio obligado a retirarse hacia Levante por La Mancha. Seguidos por Berwick, las tropas aliadas fueron empujadas hasta Valencia, dejando atrás miles de soldados entre desertores, prisioneros de guerra y muertos, así como provisiones y bagajes. De forma brillante, Berwick había neutralizado el peligro. La campaña, que había comenzado en abril con la pérdida de Alcántara, en Cáceres, concluía con la toma de Elche y Cartagena.

No obstante, la gran estrategia se sustenta sobre héroes menos conocidos, pero igualmente necesarios, como vemos en el **capítulo 6**. El plan del duque de Berwick no habría podido tener éxito sin la resistencia del castillo de Alicante. La guarnición, a las órdenes del irlandés Daniel Mahony, defendió la fortaleza hasta septiembre. La ciudad tenía uno de los principales puertos de la fachada mediterránea, amén de un casi inexpugnable castillo, lo que hacía de ella un objetivo prioritario para la armada angloholandesa. Esto obligó a los aliados a destinar unos valiosos recursos al asedio de Alicante. Si caía Alicante, las tropas aliadas apoyadas en las milicias austracistas se echarían sobre Murcia y, desde allí, marcharían hacia Andalucía, cerrando la España costera y aislando más si cabe al ejército borbónico. Mahony y sus hombres resistieron lo necesario como para que murcianos y andaluces se movilizasen. El 4 de octubre, al tiempo que Felipe V entraba en Madrid, Mahony, liberado por los ingleses, hacía su entrada en Murcia y era recibido como un héroe. La gloria la compartía con otro personaje de gran carisma: Luis Antonio de Belluga, obispo de Cartagena. El enérgico clérigo lideró la defensa de Murcia. Gracias a la movilización de los reinos andaluces, entre agosto y septiembre miles de reclutas se formaron en regimientos y defendieron con éxito la región. Para cuando el ejército borbónico llegó al sudeste peninsular entrado el mes de septiembre, murcianos y andaluces habían salvado el peligro. Sin duda, se trataba de la puesta a prueba de todo un sistema de movilización de recursos y reclutamiento, un engranaje militar y administrativo propio de una maquinaria bien engrasada, como veremos a continuación.

Una vez enderezada la situación, volvemos a Madrid en el **capítulo 7**. Aquí el autor explica de forma clara y didáctica el funcionamiento de la Monarquía española, y, con ello, el proceso conocido como reforma borbónica, pero, también, las numerosas pervivencias de la España habsbúrgica. La cuestión de fondo, el reforzamiento de la autoridad real sobre las partes que componían la monarquía, es decir, desde los Consejos de Guerra o Hacienda, hasta los distintos territorios con fiscalidades e instituciones distintivas, fue la tensión interna que

recorrió el conflicto dinástico. El objetivo de concentrar la autoridad en torno a un monarca asesorado por ministros con sus respectivas secretarías, frente al tradicional sistema organizado alrededor de los distintos consejos temáticos y territoriales, estaba en la agenda felipista desde el primer momento. La influencia francesa era más que evidente, a la par que un sector importante de los burócratas españoles apoyó dicha centralización como necesaria medida para racionalizar la administración y controlar el gasto. Al mismo tiempo, tampoco eran medidas ajenas a la tradición hispánica, y algunas de estas reformas habían sido ya ensayadas durante el reinado de Carlos II. De esta cultura política compartida y de un diagnóstico de los problemas del Estado de cierto consenso, emergen los estadistas y financieros en los que se apoyará Felipe V. Una nueva élite política y económica fiel al nuevo monarca, pero ya establecida en los circuitos de poder durante el reinado de Carlos II, y que acaparará los cargos más importantes, desde la presidencia del Consejo de Castilla en el caso de Francisco Ronquillo Briceño, a la Secretaría de Guerra y Hacienda a cargo de José de Grimaldo. Todos ellos contaban con el plácet de Michel-Jean Amelot, embajador francés en Madrid entre 1705 y 1709, y hombre clave en la transición dinástica.

Las entretelas del dinero y del poder se revelan en este capítulo que arroja necesaria luz sobre la década que cambió la historia de España. Pero la Guerra de Sucesión no era una guerra española. Se trataba de un conflicto internacional. Sin conocer los planes de Luis XIV y su ambiciosa concepción del papel francés en el mundo, la guerra no podría entenderse. El **capítulo 8** nos traslada a una Francia sumida en una grave crisis económica y militar. La derrota en Ramillies, en la actual Bélgica, frente a las tropas comandadas por el duque de Marlborough, el 23 de mayo de 1706, supuso la pérdida de los Países Bajos españoles. Poco después, el 7 de septiembre, llegaba otra derrota, esta vez en Turín. Allí, el ejército francés que sitiaba la ciudad fue aplastado por el ejército imperial comandado por Eugenio de Saboya. Tanto Marlborough como el príncipe Eugenio se convirtieron en la pesadilla del alto mando francés. Parecían imbatibles, y el desastre de Turín, que ponía fin a dos siglos de dominio español en el norte de Italia, no hacía sino acrecentar esa impresión. Allí estaba el duque de Orleans, el ambicioso sobrino de Luis XIV que entraría como general en España en abril de 1707. Tras décadas de expansionismo francés, sustentado en un enorme ejército, las arcas reales estaban exhaustas. Las desesperadas medidas fiscales y el recurso masivo al crédito, junto con la pérdida de confianza que las derrotas generaron entre los banqueros del Rey Sol, conducían a Francia a la bancarrota. El curso incierto de la guerra en España parecía confirmar los peores temores de Luis XIV,

y se dio comienzo a los primeros tanteos diplomáticos en vistas a firmar la paz con británicos y neerlandeses. La exitosa estrategia del duque de Berwick, el exceso de confianza de las potencias protestantes, convencidas de que la derrota borbónica era segura, y la insistencia de Felipe V, convencieron a Luis XIV de que la guerra tenía que continuar, aun a costa de arriesgar el futuro de la propia Francia.

La alianza contra Luis XIV la lideraba Gran Bretaña, que comenzaba a destacarse como gran potencia. El **capítulo 9** explica al lector la necesaria perspectiva inglesa en una guerra que comenzaba a alargarse en el tiempo y a resultar impopular a ojos de los británicos. A fin de cuentas, combatían por una causa que podía resultar ajena a sus intereses, orientados hacia el Atlántico y no hacia la Europa continental. Para más inri, financiaban el grueso del esfuerzo bélico mientras que Austria parecía más interesada en Centroeuropa, Italia y los Balcanes, que en defender a su candidato al trono de España. A su vez, tenían que conciliar a dos aliados de dispar utilidad, como lo eran Portugal y las Provincias Unidas. Tanto portugueses como neerlandeses comenzaban a mostrar sus reticencias: los lusos, con su ejército diezmado, temían la reacción española, y los neerlandeses, que habían conseguido su objetivo de expulsar a los franceses de Flandes, empezaban a cuestionar el sentido de aquella guerra. En esas, los mandos ingleses en España tenían que responder a la presión de obtener una victoria resonante, a la altura de las obtenidas por Marlborough. El archiduque Carlos, dependiente de la ayuda británica, se vio obligado a concederles los mismos privilegios mercantiles que había otorgado Felipe V a los franceses, pero de nada servían estos acuerdos si no se ganaba la guerra. Su estrategia era clara: si se ocupaba Madrid, la Monarquía española quedaría descabezada, y Luis XIV, derrotado en todos los frentes, se avendría a firmar una paz humillante tras abandonar su nieto. Sin duda, la realidad era más compleja, y, a finales de 1706, se abría un nuevo escenario.

Con el invierno llega el **segundo acto**. Tras un breve entremés, en el que nos asomamos a la intimidad de los portugueses que invernaron en Valencia, el autor se detiene en el **capítulo 10** en un acontecimiento trascendental para la causa borbónica. En febrero de 1707 se anunciaba el embarazo de la reina María Luisa Gabriela de Saboya. Que la esposa de Felipe V engendrara un heredero daba una legitimidad añadida al bando felipista, frente a un archiduque Carlos que todavía no había contraído matrimonio. La buena nueva se celebró desde Ceuta, asediada por los moros, hasta Versalles, donde la familia real francesa recibió con entusiasmo tan importante acontecimiento. La dicha de este

momento contrasta de forma violenta con el **capítulo 11**. La guerra no se detuvo durante el invierno. En las fronteras entre Castilla, Aragón y Valencia, bajo un frío extremo, las enormes distancias y la escasa densidad de población generaban las condiciones óptimas para la guerra de guerrillas. Pequeños contingentes de ambos bandos peinaban las porosas fronteras del interior peninsular, en amplias zonas en las cuales la autoridad quedaba difuminada. Con apenas unos pocos millares de soldados profesionales, las milicias de paisanos y las cuadrillas de bandidos eran capaces de desestabilizar las líneas del rival. Tanto era así, que una de las razones del triunfo borbónico se sustentó en este apoyo popular y en la superioridad de su caballería, curtida en las serranías y los campos, siempre en movimiento. Frente a la tradicional guerra de posiciones y asedios, la aspereza de la península ibérica imposibilitaba la subsistencia de grandes ejércitos y daba vía libre a las escaramuzas y las emboscadas.

Tan brutal o más que la guerra irregular podía ser el tránsito de los grandes contingentes de tropas, como expone el autor en el **capítulo 12**. Siguiendo el recorrido de los regimientos franceses que reforzaron el ejército comandado por el duque de Berwick en el verano de 1706, vamos pueblo a pueblo asistiendo a los crímenes cometidos por la soldadesca. Un futuro incierto, la condición nómada, y la sensación de impunidad, hacían de la tropa un coloso temible para las localidades de tránsito o alojamiento: robos y violaciones eran crímenes tristemente habituales. Al mismo tiempo, otros problemas, como los casamientos entre soldados y mujeres locales, o las enfermedades contagiosas que surgían por las malas condiciones higiénicas, estaban también presentes. La vida militar continuaba una vez llegado el invierno; una realidad pasada por alto pero que el autor sabe de nuevo capturar con gran detalle. Aquellos hombres tenían que ser reclutados, armados, vestidos, amunicionados y alimentados durante meses y años. En el **capítulo 13** tenemos la ocasión de ahondar en el funcionamiento interno del ejército. Para atender sus necesidades, la sociedad era puesta a prueba. Desde el gran asentista que firmaba colosales contratos de provisión de cereal, pasando por los gremios de armeros, hasta llegar a quienes arriesgaban su capital para adquirir un puesto en la oficialidad a cambio de mejorar su consideración social y empezar una nueva carrera al servicio de Su Majestad Católica. Todos ellos eran necesarios para mover aquel leviatán. Gracias a este amplio retrato, tenemos la ocasión de conocer a todas las piezas de este complejo entramado, con los asentistas y gremios, pero también con los coroneles y capitanes del ejército borbónico, tanto español como francés.

La Guerra de Sucesión española

año 1706



Llega el fin del invierno, y con él, el **tercer acto**. El acto final del libro se abre con una espectacular emboscada de la caballería borbónica sobre un destacamento británico, y con la rápida salida del archiduque Carlos de Valencia, quien tomó la decisión de regresar a Barcelona, aconsejado por su círculo íntimo. El derrotismo se instalaba en los cuarteles aliados. No obstante, la decisión estaba tomada: las tropas británicas, portuguesas y neerlandesas que componían el ejército aliado se internarían en Castilla buscando la batalla decisiva. Esta llega en el **capítulo 14**. La batalla de Almansa, el 25 de abril de 1707, fue el clímax de una campaña que parecía no tener fin. Exactamente doce meses antes, el ejército borbónico capturaba el castillo de Montjuic, y el ejército aliado alcanzaba Plasencia. Por fin, después de un año y cientos de kilómetros de fatigosas marchas, ambos ejércitos se encontraban frente a la localidad de Almansa. Los movimientos previos de ambos ejércitos, las dudas tanto de los mandos aliados como del propio duque de Berwick ante las acciones del rival, la tensión que antecedió a lo inevitable... y la batalla. Resuelta en apenas un par de horas, en aquella tarde se condensó el drama de aquella generación. Multitud de nacionalidades y de causas entrelazadas, reflejo del conflicto dinástico español, pero también del británico, con irlandeses católicos luchando por Felipe V y franceses protestantes encuadrados en regimientos ingleses y holandeses. La confusión y el caos del campo de batalla son

capturados con gran originalidad, lanzando al lector testimonios de soldados y oficiales, necesarios actores de aquel acontecimiento trascendental para el devenir español y europeo. Del primer disparo a la recogida de los cadáveres, cada fase de la batalla se narra con dinamismo y pulso narrativo.

Rara vez se repara en la suerte de los prisioneros de guerra y los heridos en campaña. Una vez más, el autor se desmarca de lo previsible y en el **capítulo 15** nos conduce a la realidad de los olvidados de la guerra. La suerte del prisionero de guerra era dispar. La oficialidad tenía un valor obvio en vistas a futuros intercambios con el enemigo, de modo que el trato que se dispensaba a los mandos capturados, al menos por parte de las autoridades en este caso borbónicas, era de camaradería y deferencia. No obstante, esto no siempre era así, y más en los largos traslados en los cuales, pese a llevar escolta, los prisioneros estaban expuestos a las agresiones y vejaciones por parte de la población civil o de sus captores. Ni qué decir que la situación era si cabe más delicada en el caso de los soldados y suboficiales, dispersados a lo largo de la geografía peninsular a la espera de ser intercambiados por otros prisioneros o, según las circunstancias, ser reenganchados en los regimientos que acaban de derrotarles en el campo de batalla. A merced de sus captores, una vez más, la bondad y el odio, la caridad y la humillación, mostraban su

rostro de formas inesperadas. Lo mismo sucedía con los heridos de ambos bandos, los cuales requerían asistencia sanitaria. Las enfermedades contagiosas y las infecciones causadas por las heridas podían diezmar cualquier ejército, de modo que se trataba de una cuestión que preocupaba a los mandos militares. La gestión de estas dos cuestiones, máxime tras una batalla como la de Almansa, con miles de bajas y cautivos de por medio, nos muestra la cara oculta de la guerra.

El **capítulo 16** nos devuelve a la acción del frente. La victoria en Almansa fue aplastante, pero la campaña no había concluido. Era ahora necesario recuperar los reinos de Valencia y de Aragón, y tomar Lérida y Tortosa, fuertemente defendidas. Se trataba, una vez más, de una ofensiva que iba requerir de meses de lento avance. El mando aliado dejó tras de sí contingentes de tropas en las principales localidades valencianas, apoyadas por miles de migueletes, paisanos armados radicalmente opuestos al avance borbónico. Esto daba pie a una guerra encarnizada, con episodios de extrema violencia en territorio valenciano, en contraste con el rápido avance sobre Aragón. Mientras las tropas comandadas por el duque de Berwick marchaban hacia Tortosa, un segundo cuerpo a las órdenes del duque de Orleans se dirigió a Zaragoza. Si bien la capital aragonesa se rindió sin oponer resistencia, vista la dificultad para tomar Tortosa, ambos ejércitos siguieron el curso del Ebro, confluyendo en Caspe. La actividad guerrillera y la acción de la caballería fue relevante en un territorio idóneo para este tipo de combate, abarcando una amplia zona desde los Monegros hasta el Segre. La canícula del verano y los problemas logísticos obligaron a interrumpir el avance sobre Lérida, dando comienzo su asedio en septiembre. La captura de la ciudad fue violenta, con excesos por parte de las tropas borbónicas tras un duro asedio. La campaña concluía en el lado borbónico de forma satisfactoria tras completar los objetivos militares, aunque con un punto de decepción, pues las expectativas contrastaron con la resistencia encontrada entre valencianos y catalanes.

Peor era el ánimo en el bando austracista. El **capítulo 17** sigue los pasos del ejército vencido en Almansa. Semejante derrota empeoró las maltrechas relaciones entre los mandos aliados, e inundó de pesimismo a los partidarios del archiduque. La situación en Europa tampoco era tan favorable como un año atrás: la operación para tomar Tolón, el principal puerto francés en el Mediterráneo, fue un desastre casi tan sonado como el de Almansa. La guerra comenzaba a eternizarse, y con ello llegaban las dudas y el agotamiento bélico.

La gestión de la crisis militar y diplomática por parte del partido archiducal, y sus dificultades para recabar apoyos en suelo catalán componen esta aproximación al bando perdedor en unos meses críticos para el curso de la guerra. Una apasionante intrahistoria de la derrota que muestra el reverso del triunfo. A todas luces, el impacto de la batalla de Almansa trascendió lo estrictamente bélico. En el **capítulo 18** el autor sorprende al lector centrándose en el recorrido mediático de lo acontecido aquel 25 de abril de 1707. Desde los festejos en ciudades como Madrid, Lima, Salamanca o Pamplona, a la privacidad de la familia real francesa; del nerviosismo vivido en La Haya, a la división que Almansa generó en Londres entre los tories, partidarios de una política orientada al Atlántico y la primacía naval, y los whigs, intervencionistas en la Europa continental y caracterizados como el partido de la guerra. Los acontecimientos de 1707 significaron el principio del fin para el gobierno whig, un cambio que se culminaría a partir de 1710 ante la evidencia de que era imposible ganar por la vía militar: se imponía alcanzar la paz.

Sin duda, la batalla de Almansa fue un acontecimiento internacional, pero también modificó España, como vemos en el **capítulo 19**, en el cual se analizan sus consecuencias políticas y el proyecto borbónico de reconfigurar la estructura institucional, administrativa y fiscal de los territorios de la Corona de Aragón. La línea dura del felipismo impuso su criterio mediante los Decretos de Nueva Planta, revisados y actualizados a lo largo de la guerra. No se trataba de un acto improvisado, y correspondía a una concepción de la soberanía y de la autoridad real de impronta francesa, siendo el proceso supervisado por el embajador francés en Madrid y sus más estrechos colaboradores españoles. Sin embargo, su aplicación fue irregular y estuvo marcada por las rectificaciones, generando una nueva ordenación territorial en la cual los territorios de la Corona de Aragón continuaban presentando características diferenciadas. Así, el autor nos plantea una síntesis desmitificadora de ciertos tópicos, al tiempo que resalta la trascendencia de la reforma borbónica. Con las **conclusiones** se pone punto final a este vasto y apasionante recorrido por los meses que moldearon el siglo XVIII español y europeo: una guerra que ningún bando pudo ganar, que se alargó demasiados años y que concluyó para ambos bandos desde el agotamiento humano y financiero, dejando tras de sí cientos de miles de muertos y un seísmo geopolítico que marcaría el devenir mundial hasta las revoluciones estadounidense y francesa.

Sin duda, la batalla de Almansa fue una batalla decisiva.

ENTREVISTA CON EL AUTOR



Entrevistamos a **Aitor Díaz Paredes** (Pamplona, 1989), doctor en Historia Moderna por la Universidad de Navarra, donde ha formado parte de sucesivos proyectos de investigación financiados por los gobiernos de España y de México. Además de su faceta docente, colabora en la divulgación histórica con Desperta Ferro Ediciones, donde ahora publica *Almansa: 1707 y el triunfo borbónico en España*.

Este libro es el resultado de su tesis doctoral, y el enfoque, sin duda, es un tanto peculiar: una batalla, y una campaña, para explicar una guerra que duró más de una década. ¿Cómo surgió la idea, y cuáles eran los objetivos cuando comenzó este proyecto? En definitiva, ¿por qué Almansa y por qué 1707?

El objetivo era explicar el funcionamiento de las potencias europeas de los siglos XVII y XVIII en un contexto bélico. Es decir, estudiar cómo distintos modelos gestionaban la presión financiera, militar, demográfica y social de participar en conflictos internacionales. La Guerra de Sucesión Española cumplía con esos requisitos. En primer lugar, el tema era novedoso, porque no había un libro que se centrara en el curso de la guerra en España. Se trata de un conflicto que ha despertado interés por el cambio dinástico, y por las reformas del reinado de Felipe V, es decir, el antes y el después, pero es que hablamos de una década de guerra de la que todavía queda mucho por contar. Además, están las posibilidades que ofrece la Guerra de Sucesión Española para hacer historia global y comparada. No se trata de una guerra civil entre felipistas y austracistas, que

«No se trata de una guerra civil entre felipistas y austracistas, que también, sino que es una guerra europea».

también, sino que es una guerra europea. En cuanto a la batalla de Almansa, entiendo que su elección pueda resultar sorprendente. A fin de cuentas, sucede a mitad de la guerra. Lo que pasa es que las campañas de 1706 y 1707 forman un continuo. No se entiende lo que pasa en 1707 sin saber qué ocurre durante 1706. Ahí es donde la batalla de Almansa, que tiene lugar en abril de 1707, cobra sentido: permite explicar todo lo que tiene que darse hasta llegar a ese punto, y, al darse todavía en primavera, nos deja varios meses, hasta noviembre, para ver qué pasa después de una batalla tan trascendental. Una batalla, en sí misma, no explica una época, pero todo lo que la rodea sí lo hace.

Nos encontramos con una guerra casi mundial: desde antes incluso de la muerte de Carlos II tanto franceses y españoles, como austriacos y británicos, son conscientes de lo que está en juego: el control sobre el Imperio español. Por otra parte, sorprende la implicación del pueblo español, tomando parte activa en el conflicto en ambos bandos. ¿Qué razones explican esta movilización?

Es una guerra internacional, que, una vez se extiende por la península ibérica, pasa a ser también una guerra civil. Conviene recordar esto: sin la intervención militar aliada, en especial inglesa, un levantamiento austracista habría sido muy improbable. El rechazo de gran parte de la Corona de Aragón a Felipe V es en primer lugar un sentimiento antifrancés. No podemos olvidar que las monarquías francesa y española estuvieron en guerra durante todo el siglo XVII. El bombardeo de Alicante de

1691 o el asedio de Barcelona de 1697 estaban en la mente de valencianos y catalanes. Por descontado, se asocia a Luis XIV con una forma de gobierno más centralista y autoritaria. Lo que desencadena este miedo es una suerte de profecía autocumplida: va a ser la rebelión contra Felipe V lo que precisamente genere las condiciones necesarias para abolir los fueros e instituciones históricas. A esto se suman los intereses comerciales, que afectan a la economía catalana y valenciana pero también a una ciudad portuaria como Cartagena, que también va a ser austracista. Había por tanto razones políticas y económicas, pero también sociales. Por otro lado, quienes se posicionan en el bando borbónico también tienen sus razones. Aquí está el rechazo no al francés, sino a la Europa protestante que sostiene la causa archiducal. También está la admiración hacia Luis XIV y el prestigio de la reforma borbónica como solución a los problemas económicos, políticos y militares de España. Además, en puridad, el heredero más legitimado al trono de Madrid era Felipe V. Luego, como en todas las guerras, había defensores a ultranza de ambos candidatos al trono, y una masa sin rostro de personas sin mayor afinidad.

Respecto a la propia estructura del libro, está planteada como una obra de teatro. No deja de ser tentador el buscar un protagonista: el duque de Berwick, el conde de Peterborough, el propio Felipe V... ¿quiénes son los personajes que marcan este drama colectivo, por usar las palabras del autor?

Según escribía, la batalla de Almansa iba quedando cada vez más lejos. Era necesario que pasasen muchas cosas para llegar hasta ese 25 de abril de 1707. Al mismo tiempo, sentía esa inevitabilidad del Western clásico. La tensión se iba acumulando de capítulo en capítulo, y eso era gracias al duque de Berwick y a su antagonista, el conde de Galway. Estos dos hombres resumen una época. Berwick era ni más ni menos que el hijo bastardo del último rey católico de Inglaterra, Escocia e Irlanda: Jacobo II. Acompañó a su padre al exilio y se formó como militar en los ejércitos franceses durante la década de 1690. Sus dotes de mando eran evidentes, y se le confió el mando de los ejércitos hispanofranceses en España en tres ocasiones, siendo una figura muy apreciada en la corte madrileña. El destino quiso que el general del ejército contrario fuese el conde de Galway, de nombre Henri de Ruvigny. Se trataba de un francés hugonote que, ante la persecución de Luis XIV a sus súbditos protestantes, tuvo que exiliarse a Inglaterra, donde se

«Una batalla, en sí misma, no explica una época, pero todo lo que la rodea sí lo hace».

puso al servicio de Guillermo de Orange, el hombre que destronó a Jacobo II. Galway, con un carácter bastante menos amable que el de Berwick, hizo su fortuna en la jacobita y católica Irlanda, al tiempo que el joven duque se bregaba en la isla Esmeralda defendiendo la causa de su padre. Sus vidas estuvieron entrelazadas durante casi veinte años, hasta, por fin, chocar en Almansa. Los conflictos dinásticos, religiosos y, por descontado, políticos y bélicos de la época se encarnaban en Berwick y Galway.

En 1706, cuando comienza este libro, la situación era desesperada para el bando borbónico. España parecía a punto de perderse, pero es que además en los campos de batalla europeos las fuerzas borbónicas no corrían mejor suerte. ¿Cómo se explica entonces una victoria tan contundente como la de Almansa?

Es una guerra “tramposa”. Si no se ganaba en España, de poco servía ganar en Flandes o Lombardía. La guerra en el norte de Italia o en los Países Bajos era un problema logístico menor comparado con la guerra en la península ibérica. Tanto austriacos como británicos y neerlandeses podían reclutar con gran facilidad en los estados alemanes, caladero habitual de los grandes ejércitos europeos. El terreno era mucho más sencillo, con importantes vías fluviales y una alta densidad de población. Las principales plazas financieras, empezando por Ámsterdam, estaban próximas al frente, de modo que se podía enviar dinero de forma puntual. Esto era mucho más difícil en la península ibérica. En cambio, España y Francia formaban una realidad geográfica compacta. Además, el mando estaba centralizado, frente a los generales aliados, que, para colmo de males, estaban enfrentados entre sí. Nadie discutía las órdenes del duque de Berwick, y este sabía delegar en sus hombres de confianza. En cambio, los condes de Peterborough y Galway ni siquiera se dirigían la palabra. Estos, además, recibieron órdenes de tomar a toda costa Madrid, con la errónea convicción de que, una vez ocupada la capital, las demás ciudades reconocerían al archiduque Carlos. Cuando entraron en Madrid, se vieron aislados en un país enemigo, y tuvieron que retirarse hasta Valencia, conducidos desde la distancia por el duque de Berwick. Además, el bando felipista controlaba la Corona de Castilla, con unos recursos demográficos y económicos superiores a los de la Corona de Aragón. Esto lo vemos en mil detalles: en la producción de armamento, en el reclutamiento... No es de extrañar que el ejército hispanofrancés fuese muy superior una vez llegados a Almansa.

Sin embargo, la guerra no concluyó en Almansa. En 1710 el ejército borbónico será derrotado en Almenar y Zaragoza, y el archiduque Carlos entrará en Madrid. Barcelona no caerá hasta el 11 de septiembre de 1714. Si la batalla de Almansa fue decisiva, ¿por qué la guerra continuó?

La batalla de Almansa fue decisiva porque corrió el frente de guerra desde Calatayud por el norte y Elche por el sur, hasta Lérida y Tortosa, y porque tuvo unas consecuencias políticas inmediatas mediante los Decretos de Nueva Planta. Después de Almansa, era imposible volver a la situación anterior. La campaña de 1710 es una rima de lo que aparece en mi libro. Al igual que en 1706, el avance aliado fue en falso. Se dio en unas circunstancias muy concretas. El invierno de 1709 fue terrible, y en Francia se superpuso a la crisis económica. La situación era desesperada, y Luis XIV tomó la decisión de abandonar a su nieto y retirar el grueso de sus tropas de la península ibérica. Los británicos consideraron que esto no era suficiente, y presionaron con unas condiciones de paz draconianas. Finalmente, Luis XIV se negó a firmar una paz humillante. El alto mando inglés presionó de nuevo para tomar Madrid a toda costa. No obstante, como en 1706, llegaron refuerzos franceses comandados por el duque de Vendôme. En diciembre la situación se había reconducido tras las victorias borbónicas en Brihuega y en Villaviciosa de Tajuña. A partir de ese momento, la suerte del bando austracista estaba echada. Además, en Gran Bretaña hubo un cambio político fruto del agotamiento bélico generado tras Almansa. El contexto cambió más si cabe cuando el archiduque se convirtió en el emperador Carlos VI. Que un Habsburgo reinase en Viena y Madrid era tan inadmisibles como la alianza hispanofrancesa. A la altura de 1712, la guerra estaba virtualmente terminada en Europa, y fue en 1707, tras la batalla de Almansa, donde la tendencia negativa se revirtió para Felipe V.

Hay una idea en la que usted insiste en varias ocasiones: la guerra en la península ibérica era diferente. ¿Qué factores explican esa particularidad, y hasta qué punto influyeron en la batalla de Almansa?

Como ya he apuntado antes, está la obviedad geográfica. Pensemos en Flandes. La alta densidad urbana y la agricultura intensiva proveían de lo necesario a ejércitos de más de 100.000 efectivos, desde reclutas a víveres. La proximidad a las grandes plazas financieras y comerciales como

Ámsterdam, Hamburgo o Amberes hacían fluir el dinero. Ahora trasladémonos al campo manchego o las serranías valencianas. Para empezar, era imposible mantener ejércitos que superasen los 25 000 o 30 000 hombres. No es sólo la dureza del terreno, también son las enormes distancias y el clima extremo. Los principales puertos y ciudades fronterizas tenían fortificaciones modernas, pero no había ciudadelas en el interior de España. Es decir, no había lugar a una guerra estática, de largos asedios, como sí sucede en Barcelona. Por último, estaba la implicación popular, con las milicias levantadas en ambos bandos y las partidas de tropas irregulares que empleaban tácticas de guerrilla y que dificultaban la pacificación de la retaguardia. Todo esto generaba una guerra caracterizada por la movilidad. Por eso, todos sabían que una batalla a campo abierto tendría unas consecuencias enormes.

La Guerra de Sucesión es también un lugar de memoria. En su libro, el peso de la narrativa cae mayormente en el lado borbónico, y en cuanto al lado austracista, ingleses y austriacos tienen mayor protagonismo que catalanes o valencianos.

Entiendo que el 25 de abril de 1707 es para el nacionalismo valenciano lo que el 11 de septiembre de 1714 para el nacionalismo catalán. Mi posicionamiento al respecto es claro: la historia tiene valor por sí misma. La época de la que hablo es de por sí apasionante. La vigencia que tiene mi libro le viene dada desde las máximas geopolíticas globales que se pueden extraer de los temas que trato porque, en esencia, son los mismos problemas que

afrontamos en la actualidad. El quién heredase la Monarquía Hispánica era importante por razones políticas y económicas. Había que controlar lo que hoy en día conocemos como opinión pública, pero la guerra no iba de felipistas y austracistas. Recordemos: hablamos del control o influencia sobre la actual España, pero también sobre la América española y la proyección hispana sobre el Mediterráneo y el Pacífico. Esto suponía un problema colosal, que alteraría el equilibrio del comercio mundial y las relaciones internacionales, y así fue, porque la alianza entre las monarquías española y francesa marcó el siglo XVIII en Europa y América. La historia nos permite sacar lecturas de largo recorrido sobre la guerra, la violencia, y la propia naturaleza humana. La conclusión a la que llego ya la he dicho

«El 25 de abril de 1707 es para el nacionalismo valenciano lo que el 11 de septiembre de 1714 para el nacionalismo catalán».

«En el momento en el que los ingleses llegaron a la conclusión de que la guerra estaba siendo demasiado costosa, se abrieron las conversaciones de paz y se impuso la realpolitik».

en esta entrevista: el archiduque Carlos tenía escasas opciones de reinar en Madrid. El archiduque era una pieza más en el gran juego. En el momento en el que los ingleses llegaron a la conclusión de que la guerra estaba siendo demasiado costosa, se abrieron las conversaciones de paz y se impuso la realpolitik.

El siglo XVIII ha ido unido a dos conceptos: absolutismo y mercantilismo. Los Decretos de Nueva Planta vendrían a representar el centralismo y el autoritarismo de la nueva dinastía reinante en España. Sin embargo, leyendo su libro, encontramos multitud de matices, con unas autoridades políticas y militares que dependen de hombres de negocios y de la colaboración de la población civil.

Vuelvo al realismo político. La clave del gobierno en el Antiguo Régimen está en la negociación entre las partes. Los monarcas de la época no son déspotas. Lo vemos en los límites del reformismo borbónico. Felipe V tiene que dar marcha atrás en multitud de medidas. Como cualquier otro monarca europeo, depende de los distintos agentes que hacen funcionar el sistema,

empezando por los grandes hombres de negocios y siguiendo por las oligarquías municipales. Los Decretos de Nueva Planta originales chocan con esta realidad y con sus propias contradicciones, de ahí que se tengan que revisar y adaptar a las particularidades de los distintos territorios de la Corona de Aragón. El debate historiográfico no está en si los Decretos de Nueva Planta fueron “justos” o no, sino en si favorecieron o perjudicaron en lo económico y lo social a los territorios de la Corona de Aragón. Creo que hay aspectos que son positivos para estos territorios, como la abolición de las aduanas internas y las reformas fiscales. En cuanto a la desaparición de las instituciones históricas y a la militarización, entiendo la connotación negativa de estas medidas, pero sigo sin encontrar una alternativa convincente. Por ejemplo, se puede argumentar de forma sólida que la militarización de Cataluña dinamizó la economía catalana y generó la demanda y la riqueza necesarias para su crecimiento a lo largo del siglo XVIII. De todas formas, con guerra o sin ella, con cambio dinástico o sin él, la evolución más probable habría sido la que fue. La idea de unificar las coronas de Castilla y de Aragón ya existía en el siglo XVII. La victoria en Almansa permitió aplicar un proyecto que ya existía.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

Dopo la battaglia [Después de la batalla], de Francesco Simonini, colección privada. La escena que encontramos en esta obra del pintor parmesano podría representar a la perfección lo sucedido en las horas posteriores a la batalla de Almansa: moribundos recibiendo la extremaunción, soldados asistiendo a sus compañeros heridos, los cadáveres expuestos al saqueo de los vivos... en definitiva, escenas habituales una vez concluido el choque entre ejércitos.



DOSIER DE PRENSA



HABLAN QUIENES LO VIVIERON

“Tres consideraciones [que] debe tener presentes cualquiera que llegue a leer este papel, porque en ellas se funda la mayor eficacia de su razón. La primera, que la intención de las armas de Inglaterra y Holanda en esta guerra es introducir a espaldas del poder su religión. La segunda, que el archiduque emprende esta conquista por los países de España con solas las armas de Holanda e Inglaterra. La tercera, que en todas las ciudades que se conquistan quedan gobernadores ingleses y holandeses, enemigos de la fe católica [...] esta guerra, con estas circunstancias, es de religión, y el que la ayuda favorece, desea y fomenta, peca contra la religión como su extirpador”.

Panfleto borbónico (1706).

“Los vasallos de la Monarquía de España se habrán del todo olvidado del dulce y suave gobierno de la Casa de Austria? ¿Se habrán ellos tan de repente hecho insensibles para soportar con paciencia el yugo de Francia? Que no trata más que de poner sus criaturas y parciales en el ministerio, que les quita y les tira de las manos el más rico comercio del mundo, que transporta a sus dominios todas las riquezas y todos los tesoros, que destruye todas las leyes y todos los privilegios [...] El valor y buena conducta de los catalanes merece una gloria inmortal, y a los demás pueblos de España toca imitarles, o perderse sin remedio”.

Panfleto austracista (1706).

“Las consecuencias de la fatal resolución tomada por el rey [el archiduque Carlos] de retrasar su viaje a Madrid se nos aparecen cada día con mayor intensidad, y a duras penas puedo convencerme de que un hombre en sus cabales pudiese tomar semejante decisión [...] Nunca hubo hombres tan empeñados en forzar la situación al extremo como los nuestros, y no veo otra solución que no sea una batalla, en la cual nuestra desventaja sería fatal. Sin posibilidad de retirarnos, sin un plan, y con la pérdida de todas nuestras tropas, pues, os lo aseguro, en Castilla el odio hacia nosotros es violento a un grado que no puede imaginarse. Si la toma de Madrid hace seis semanas nos dio la mayor ventaja posible sobre el conjunto de España, y nos dio la oportunidad de expulsar al enemigo fuera del país antes de que llegasen sus refuerzos y de animar a los portugueses a continuar con nuestro avance, detenerse en Madrid fue tan fatal para nosotros como lo fue para Aníbal el detenerse en Capua, así que ahora, en mi modesta opinión, la posesión y defensa de Madrid es nuestro mayor problema, y nos obliga a asumir medidas totalmente irrazonables”.

El conde de Peterborough a James Stanhope, 1 de agosto de 1706.

“Qué embaraza que tenga a Gibraltar, ni que tenga a Barcelona, ni que adelantara otras muchas plazas, para la conquista de un Reino como este, que hiciera harto en mantener lo que ganara. Porque entrarse en el corazón del Reino, esto es imposible, por más que os lo persuadan [...] Aunque se despoblara toda Inglaterra, no tenía gente para esta conquista y poder guarnecer los lugares que ganara. Y lugares guarnecidos con herejes y gobernados por sus cabos, ¿no conocéis que no había Dios de conservarlos por mucho tiempo?”.

Carta del obispo de Cartagena a sus fieles (1706).

“La derrota deviene cada día más completa, puesto que hicimos 9000 prisioneros enemigos aproximadamente, entre los que hay 800 oficiales, 102 banderas o estandartes, todos sus cañones, es decir, 20 piezas, y casi todo su bagaje. Afirman que la infantería de los enemigos fue destruida por entero y que ese día les costó 15 000 hombres. La caballería que les quedó huyó sin detenerse hasta llegar a Játiva la misma noche en que tuvo lugar la acción. Vuestros oficiales, tanto generales como particulares, así como vuestras tropas, se comportaron con tanta firmeza y tanto valor que no puedo dedicarles suficientes elogios ni demostraros a su suficiencia la satisfacción que siento”.

Felipe V a Luis XIV, 2 de mayo de 1707.

“No puedo, mi señor, sino ver perdidos nuestros asuntos en España a causa de este gran desastre; nuestra infantería, que era nuestra principal fuerza, se ha perdido, y la caballería que nos queda es en su mayoría portuguesa, la cual no es en absoluto buena. Aquí todos los generales son de la opinión de que no podemos continuar en este reino, por eso he rogado al almirante George Byng que reembarque a los refuerzos que acababan de llegar a Alicante y que recoja a nuestros enfermos y heridos, así como nuestras pertenencias, en Denia o Valencia, y lo envíe todo a Tortosa, hacia donde marcharemos con la caballería que nos queda”.

El conde de Galway al duque de Marlborough, 27 de abril de 1707.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Prólogo
Equivalencia monedas
Introducción. A propósito de Almansa

PARTE I. PRELUDIO

- 1 EL ECLIPSE
- 2 ANATOMÍA DE UNA CAUSA
- 3 AMÉRICA, AMÉRICA

PARTE II. PRIMER ACTO: EL OTOÑO DE 1706

- 4 MADRID, CIUDAD ABIERTA
- 5 RÍO JÚCAR
- 6 ALICANTE TENÍA UN PRECIO
- 7 LA ESPAÑA HEREDADA
- 8 EL LABERINTO DE MARTE
- 9 POR UN PUÑADO DE REALES

PARTE III. SEGUNDO ACTO: EL INVIERNO DE 1707

- 10 CUENTO DE INVIERNO
- 11 CENTAUROS DE SECANO
- 12 EL CRIMEN DE HUARTE
- 13 LA BESTIA HUMANA

PARTE IV. TERCER ACTO: LA PRIMAVERA DE 1707

- 14 LA TIERRA TIEMBLA
- 15 LOS OLVIDADOS
- 16 MUERTE EN VALENCIA
- 17 AL ESTE DEL SEGRE
- 18 EL ESTRUENDO DE ALMANSA
- 19 EL MUNDO SIGUE

Conclusiones. Repensando Almansa
Bibliografía
Índice analítico



INTRODUCCIÓN

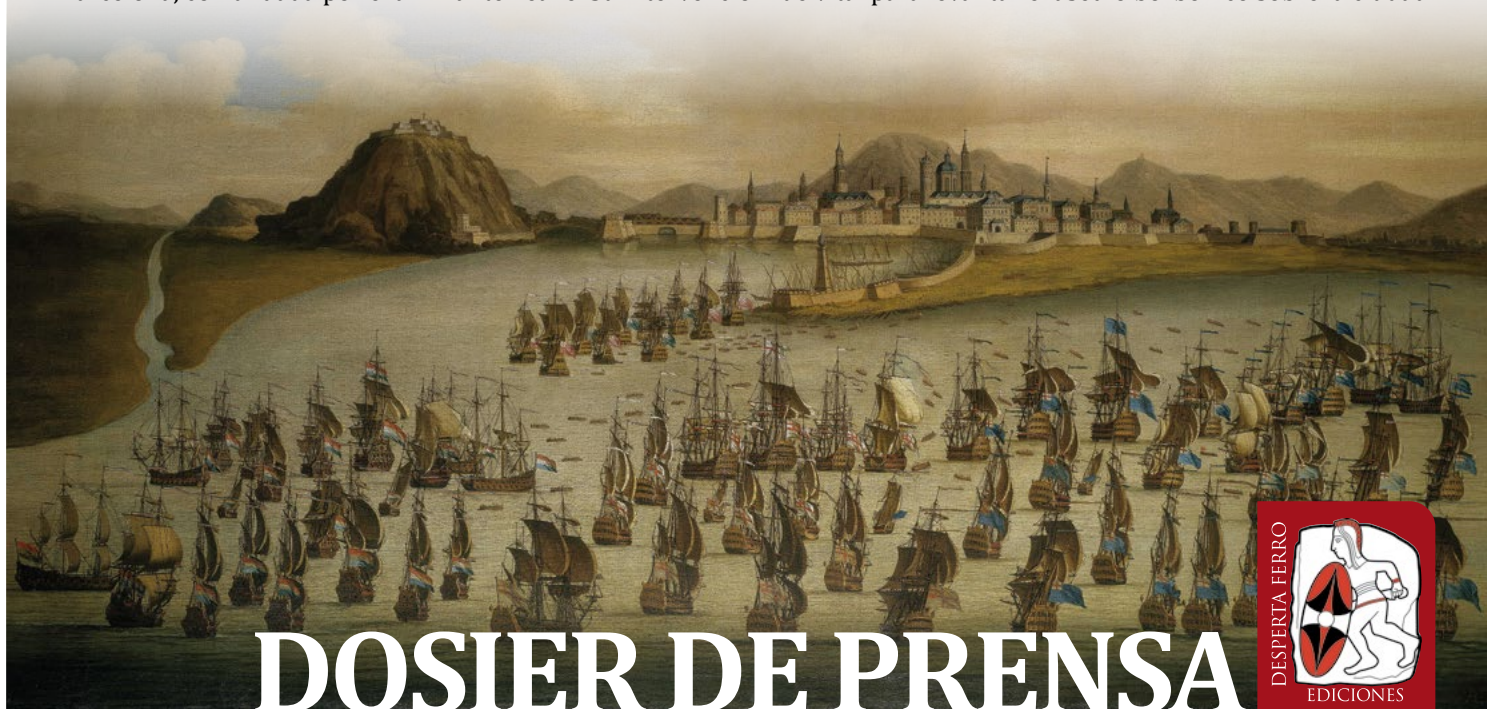
Todo esto es llamativo dada la importancia y trascendencia internacional de la Guerra de Sucesión española. A fin de cuentas, mientras tenían lugar los acontecimientos que vamos a relatar, acontecía el crucial cambio vivido en Gran Bretaña en el tránsito del siglo XVII al siglo XVIII –la unión política y comercial de Inglaterra y Escocia, la creación del Banco de Inglaterra y la Bolsa de Londres, el triunfo del parlamentarismo y el comienzo de la deuda pública soberana–, convertida en la definición y el modelo de ese nuevo Estado fiscal-militar y de la doctrina política y económica que iba a marcar cuando menos la evolución del mundo anglosajón, y, por añadidura, de Occidente. A su vez, la guerra provocó una grave crisis en el seno de la Monarquía francesa, y revitalizó a la propia España. Ni que decir tiene que condicionó profundamente la relación entre las monarquías española y francesa durante todo el siglo XVIII, así como el equilibrio de poderes internacional. Asimismo, creó nuevos conflictos y áreas de influencia, como pudo verse en Italia y los Países Bajos. Y, sin embargo, insistimos en que escasean las monografías al respecto. Mucho se ha escrito sobre las causas y consecuencias de la guerra, pero ninguna obra se sostiene con la introducción y el desenlace, prescindiendo del nudo.

Una historia que daba comienzo gracias a la decisión de Carlos II de legar su herencia íntegra al segundo nieto de Luis XIV. Una convicción, la de conservar en su totalidad las partes que componían la Monarquía española, conviene subrayarlo, compartida por borbónicos y austracistas, ambos, no obstante, vampirizados por sus respectivos protectores, es decir, Francia, por un lado, y por el otro Gran Bretaña y, en menor medida, Austria. Si bien las hostilidades se desencadenaron en

Italia en 1701, la guerra no desembarcó –literalmente– en la península ibérica hasta 1704, y lo hizo en Portugal. No fue hasta 1705, con la toma de Barcelona por parte de la flota angloholandesa tras un primer intento fallido el año anterior, cuando la guerra se reprodujo a gran escala a lo largo de la geografía española.²¹ Daba comienzo una dualidad entre la guerra en España y en el resto de Europa que fue difícil de entender y justificar hasta para sus propios responsables. España era, al mismo tiempo, frente secundario y *leitmotiv* de todo lo que estaba sucediendo en Europa. El frente peninsular era así un escenario menor en lo militar, complejo en el plano logístico, costoso para ambos bandos, pero ¿cuál era el sentido de todo aquello, sino colocar al archiduque Carlos en el trono español o, en su defecto, mantener a Felipe V en Madrid? ¿Merecía la pena el esfuerzo en los Países Bajos e Italia, si la guerra se perdía en España?

Esa tensión interna recorrió las cancillerías europeas durante más de una década, y se detalla aquí. Este trabajo sigue las balas, pero también sigue el dinero y las redes de intereses creados que explican adhesiones y rechazos, éxitos y fracasos. Los miles de vidas que se vieron afectadas por los sucesos de 1706 y 1707 lo hicieron en aras de una colosal empresa colectiva, que no era otra que la aspiración a la hegemonía mundial, compartida por las grandes potencias europeas de la época. Una historia, en fin, que merece ser contada, de lo individual a lo colectivo, y de lo local a lo global, marcada como está por la violencia y la ambición, pero también por el sacrificio y la compasión, la misma que sus protagonistas esperan encontrar en los lectores del presente. A fin de cuentas, sus vidas chocaron en una batalla decisiva.

La liberación de Barcelona, 30 abril de 1706, National Maritime Museum, Londres. Llegada de la flota aliada al puerto de Barcelona, comandada por el almirante Leake. Su intervención fue vital para levantar el asedio borbónico sobre la ciudad.



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 2

ANATOMÍA DE UNA CAUSA

El nuevo rey de España debía ser el Sol de Castilla,⁴¹ y un nuevo David, «rey de la guerra santa».⁴² Madrid, «centro de fuego por lo ardiente de sus naturales», tendría ahora en Felipe V «el sol esperado», y en el Manzanares, donde se reflejaba el Alcázar, su «luna de plata».⁴³ Un «gran padre de familia», que, viendo su heredad «sembrada de la cizaña que estorba al trigo crecer», salvaría España.⁴⁴ El empecinamiento de Felipe V por tomar Barcelona y por acompañar en campaña al ejército, visto todo esto, no debería sorprendernos. Definido el nuevo soberano, su causa tenía que ser considerada como la más justa. La proliferación de gacetas, poemas, sermones, canciones y obras de teatro fue una poderosa aliada de la causa borbónica, si bien, a su vez, el austracismo empleó idénticos métodos para crear un estado de opinión favorable al archiduque Carlos.⁴⁵ Para ello, ambos bandos recurrieron a la difusión de noticias, tanto verdaderas como falsas, y a la parodia y vilificación del contrario.⁴⁶ Destacaba, por supuesto, la cuestión religiosa, que servía de justificación espiritual para ambos bandos. Una retórica providencialista que simplificaba los intereses de fondo que se dirimían más allá de la fachada dinástica y confesional, tal como analizó David González Cruz.⁴⁷

Decisiva fue, tal como ha razonado David Martín Marcos, la influencia de Inocencio XII en el testamento final de Carlos II. Ante las informaciones concernientes a las negociaciones para el reparto de la Monarquía Hispánica en las que tomaban parte las potencias protestantes, Roma aconsejó al monarca español que confiase su herencia a un príncipe francés como única garantía de conservar íntegra la Corona, al unir las dos grandes potencias católicas en una causa común.⁴⁸ Tal vez fuese este el empujón que necesitaba Carlos II para decidirse por la opción borbónica, pero era a su vez necesario hacerse con el sentir popular. García Cárcel sintetizó los argumentos de ambos bandos. El austracismo recurrirá así a «la memoria histórica» de dos siglos de gobierno de los Austrias, a la eterna enemistad e incompatibilidad entre españoles y franceses, a las dudas sobre la legitimidad del testamento de Carlos II y a la necesidad de una gran coalición internacional para frenar el expansionismo francés. El bando borbónico presentaba un discurso más cohesionado: la alianza con Francia era la única forma de conservar



Retrato de Felipe V, rey de España, recién llegado a la península, a cargo de Hyacinthe Rigaud. El joven monarca aparece vestido de negro, a la española, luciendo el collar de la Orden del Toisón de Oro y la cruz de la Orden del Espíritu Santo. El autor del cuadro reviste de suntuosidad borbónica la sobriedad habsbúrgica, uniendo ambas tradiciones estéticas. Las similitudes iconográficas entre los retratos de Felipe II (en la pág. 18), siendo este todavía príncipe, realizado por Tiziano en 1551, y de Felipe V son evidentes, pero, a su vez, contrasta la pose relajada y el gesto amable de Felipe V frente al sobrio y adusto semblante del sucesor del emperador Carlos V.

en su totalidad la monarquía y de proteger el catolicismo frente al protestantismo, y, en cualquier caso, la sucesión era legal y Felipe V era el heredero legítimo, no solo por la voluntad de Carlos II, sino porque su abuela y su bisabuela eran la hija y la hermana de Felipe IV.⁴⁹

CAPÍTULO 4

MADRID, CIUDAD ABIERTA

El 4 de octubre, día de san Francisco de Asís, Felipe V hacía su entrada triunfal en Madrid. Ese día, Febo, «con sus radiantes rayos», limpió el cielo y predijo felices sucesos «a nuestro Sol hispano» en «la entrada del centro de su Reino, sin que enemigas sombras puedan lograr jamás oscurecer sus luces». La escena había sido preparada con celo. Tres días de luminarias encenderían la noche de la capital, centelleante al calor de los fuegos artificiales y los toros de fuego. Se publicaron pregones que anunciaban el regreso del rey y se procedió a colocar retratos de la pareja real en las puertas de los edificios más señalados, así como a barrer y embellecer el trayecto que seguiría la comitiva real, desde el convento de Nuestra Señora de Atocha hasta el Real Palacio. Pocas horas antes de que llegase Felipe V, se regó el trayecto, para evitar que el polvo acumulado durante el verano cegase con el trotar de los caballos a las multitudes que se agolpaban en cada tramo. La calle de Atocha estaba engalanada, desde su inicio en el Hospital General, hasta su desembocadura en la Plaza Mayor, continuando la fantasía por la calle Mayor. Desbordante en flores y colgaduras, plena de «primorosas tapicerías», Madrid «burlaba lo artificioso a lo natural», convertida en «primavera» en el otoño castellano. A las dos de la tarde, llegaba Felipe V a Nuestra Señora de Atocha, escoltado por dos de sus regimientos de guardias española y valona, y acompañado en su entrada por las autoridades civiles de la ciudad y por algunos de los más destacados representantes de la nobleza felipista. Después de recibir el santísimo sacramento, el monarca culminó, «entre aplausos y vítores de magnitud robusta de españolas lealtades», su camino de retorno al Alcázar.²

Tres semanas después volvía a entrar Felipe V en Madrid, esta vez acompañado por la reina. Felipe había abandonado la ciudad el 20 de octubre para recibir a su esposa en Segovia, después de que María Luisa hubiese encontrado refugio en Burgos durante el verano. Su huida de Madrid se había efectuado con tanta discreción, que María Luisa apenas pudo llevar consigo enseres personales. El *chevalier* de Bragelonne, comandante de la escolta que acompañaba a la reina, tuvo que ceder su propia cama a la esposa de Felipe V, y, en la interminable travesía a Burgos –dieciocho días de marcha bajo el sol de julio–, su majestad se vio obligada a conformarse con dormir en casonas, a base de pan y huevos.³ Pese al enorme apoyo popular, fueron meses de precariedad y ansiedad para

María Luisa. Felipe siguió al ejército, y no pudo reencontrarse con su adorada esposa hasta finales de octubre, visitando la Casa de la Moneda de Segovia y pudiendo descansar en dicha ciudad, para a continuación dirigirse a El Escorial, y volver por fin juntos a Madrid. La publicística borbónica no escatimaría en ditirambos, pintando un Madrid desierto, al igual que en la entrada aliada meses atrás, pero que lo estaba, en esta ocasión, por el fervor de sus habitantes, los cuales habían salido al campo, impacientes por recibir a su querida reina.⁴

La gran entrada siguió el mismo itinerario que la realizada en solitario por Felipe, recorriendo el paseo del Prado, y subiendo por Atocha tras oír misa. Pese a llegar más temprano de lo esperado, en torno a las diez de la mañana, cada detalle había sido previsto. Cada balcón quedaba engalanado, y cada bocacalle cerrada al tráfico, «para que los coches no molestasen, como siempre, en tales funciones». Una fabulosa carroza dorada, bajo un generoso sol propio de un verano tardío, llevaba a los monarcas, rodeados por los demás astros de la constelación del borbonismo hispano. Batallones de las guardias reales terminaban por dar forma a este «triumfo de romanos», comandados por el duque de Osuna y su hermano, Íñigo de la Cruz Manrique de Lara Arellano y Mendoza, IX conde de Aguilar que, sin duda, se hallaba más tranquilo que hace unas páginas.

Lo único que parecía recordar lo sucedido meses atrás eran los estandartes y retratos del archiduque, echados al fuego por los madrileños.⁵ Desde que los reyes salieron de Nuestra Señora de Atocha, a las once de la mañana, hasta su llegada al Alcázar, a las dos de la tarde, el trayecto, de unos tres kilómetros, había servido de exaltación de la nueva dinastía. Tal era el público que el gran punto de encuentro, la Plaza Mayor, «pareció campo de batalla». Tanta era la algarabía que resultaba difícil distinguir las voces de las campanas, hasta el punto de parecer que incluso los lienzos que colgaban de los balcones vociferaban vivas. La fiesta no terminó ahí, pues «apenas el sol ocultó sus luces, se pobló el aire de fuego para que no feneciese el día». Salvas de artillería, fuegos artificiales y calles iluminadas cerraban el ejercicio bélico de 1706 en el corazón de Castilla, con el «David español» y su «Judith saboyarda», de nuevo en esa «babélica población» que era Madrid. Por tres noches hubo castillo de fuego en la plaza de Palacio.⁶

CAPÍTULO 8

EL LABERINTO DE MARTE

A hechos consumados, sin vuelta atrás, en Versalles comenzaba a prepararse la campaña de 1707. Felipe V, por su parte, había quemado sus naves, confiando a Orry parte de las joyas de la familia real para su venta en París. Las tropas francesas no habían cobrado sus pagas en los últimos meses y el único socorro que les había llegado equivalía a la paga de un mes –200 000 *écus*, alrededor de 800 000 *livres*–, lo que hacía temer a Berwick desertiones y violencia sobre la población civil, hecho que tenían que remediar las distintas vías de financiación de la Hacienda española y los municipios afectados.¹¹⁴ El lúgubre panorama que le había pintado su abuelo al respecto de la «necesaria» partición de España era contestado menos de dos semanas después, es decir, nada más llegar la carta a Madrid. Si Felipe V contaba de cara a la próxima campaña con 48 batallones y 113 escuadrones, más 78 ba-

Ramillies y Turín, ¿qué efecto podía tener un golpe equivalente o superior en España?

Yo pienso que este sería el mejor medio, mas vos juzgaréis mejor que yo. Empero, no puedo evitar una vez más suplicaros encarecidamente nuevos refuerzos y tengo una extrema confianza en que tendréis a bien enviármelos. Lo que os puedo asegurar es que nada escatimaré por mi parte para mantenerme y para hacerme más y más digno del linaje al que pertenezco.¹¹⁶

Felipe V estaba pidiendo una última oportunidad. Su determinación sorprendió incluso en su entorno más íntimo, como le confesaba la princesa de los Ursinos a Maintenon a primeros de diciembre. Atrás parecía quedar «ese príncipe al que había

que empujar para que tomase las riendas de sí mismo».¹¹⁷ No era para menos. Los giros de guion se acumulaban. Para sorpresa de todos, el emperador José I, en su deseo de conquistar Nápoles y culminar su proyecto de dominio austriaco sobre Italia, iba a pactar la salida de las tropas borbónicas del norte de Italia, tropas que iban a resultar decisivas. También sorprendía que el último actor que faltaba en esta obra fuese el duque de Orleans, a quien su abuelo había confiado los refuerzos que esperaba el Rey Católico. En su regreso a Versalles, Luis XIV había felicitado a su sobrino, admitiendo que «si hubiésemos seguido vuestros consejos, nuestros asuntos [el asedio]



Les délassements de la guerre [Los descansos de la guerra] (1715), óleo sobre lienzo de Jean Antoine Watteau, Museo Hermitage, San Petersburgo. Esta pieza nos muestra una escena cotidiana de un campamento militar, donde conviven los soldados con las mujeres que les acompañan.

tallones y 137 escuadrones franceses, y venían refuerzos, ¿cómo podía perderse la guerra? Si contaban con la superioridad numérica, si se confirmaban las noticias de que la armada angloholandesa comandada por el almirante Leake y el conde de Rivers había llegado muy mermada a Lisboa, ¿no lo solucionaría todo una aplastante victoria en el campo de batalla?¹¹⁵

¿Acaso no merecía la pena considerar «el efecto que ello tendría en los ánimos» del enemigo? Si los británicos y neerlandeses veían ganada la guerra tras

habrían ido mucho mejor» en Turín.¹¹⁸ La noticia de su misión en España, recibida a comienzos de 1707, agradó a la familia real, y fue recibida por el duque de Berwick sin mayor quebranto.¹¹⁹ Era invierno, y caía el telón en Versalles y en Madrid. A modo de buen augurio, antes de terminar el año llegaba a Port-Louis un galeón cargado con cuatro millones de *piastres*. Sus oficiales aseguraban que los barcos franceses atracados en los puertos del cono sur albergaban por lo menos otros treinta millones, a la espera de emprender su regreso.¹²⁰

Contra toda razón, la visión de montañas de monedas volvía a hacer brillar los ojos de quienes las imaginaban con un brillo tan cegador como el del astro solar. La guerra debía continuar.

CAPÍTULO 12

EL CRIMEN DE HUARTE



Batalla de Almansa, grabado de Pieter Schenk, Rijksmuseum, Ámsterdam. Grabado neerlandés que muestra una escena de la batalla.

Allá donde hubiese ejércitos la carga recaía sobre la población civil –y eclesiástica–, repartiéndose los alojamientos de la oficialidad entre los vecinos más pudientes y los de la soldadesca entre los hogares humildes, donde se hacían soldados y civiles por lo general en condiciones insalubres,¹⁸ factores que unidos a su obligatoriedad en más de una ocasión derivaron en motines.¹⁹ El protocolo establecido dictaba que las tropas tenían que pagar «los bastimentos y bagajes que necesitaren», bajo la responsabilidad del oficial de mayor rango, mientras que las autoridades locales tenían la obligación de dar a los regimientos que tenían que alojar «cama, luz, leña, sal, aceite y vinagre» o, en su defecto, «un real de vellón por cada boca». Para evitar que los proveedores locales especulasen con los precios, los bastimentos tenían que estar disponibles «a justos y moderados precios, sin alterarlos», al igual que los bagajes que pudiesen necesitar, «entendiéndose por cada galera de seis mulas veinticuatro reales al día», y así sucesivamente, «so pena de 50 000 maravedís aplicados para gastos de guerra».²⁰

¿Se respetaban estas normas, cuando los días se convertían en meses? La convivencia durante largos periodos de tiempo significaba que los problemas podían estallar en cualquier momento. Las poblaciones castellanas padecían así problemas si cabe peores a los vividos en Navarra y, en ocasiones, se solapaban con conflictos entre vecinos. Tal era el caso de Carabanchel de Arriba, que acababa de recibir tres compañías de guardias valonas –unos cuatrocientos hombres–, y reclamaba que estas fuesen repartidas con Carabanchel de Abajo, donde no había ningún soldado.²¹ Las

más de las veces se trataba de cuestiones de disciplina, por lo general, relacionadas con condiciones adversas, como en el caso de los soldados alojados en las inmediaciones del Real Sitio de El Pardo que, pese a contar con la leña que se les facilitaba, hacían partidas para cortar encinas de la zona y calentarse ante la crudeza del invierno.²² La administración recogía este tipo de quejas puntualmente y, aunque se dilataban en el tiempo, solían ser atendidas, como ocurrió en la villa de El Pedernoso con la «satisfacción» que demandaba al Consejo de Guerra, cuyo monto ascendía a treinta reales y cincuenta fanegas de cebada sacadas «violentamente» por los oficiales franceses allí alojados.²³ La tensión podía estallar en cualquier momento y los contingentes de tropas eran temidos por la población local. La falta de casas en las que alojar a las guardias de corps italianas en Getafe se saldó con el asesinato «con alevosía» de un vecino que trabajaba como portero, amén de con las amenazas y extorsiones sobre las vidas y propiedades de otros habitantes de la localidad.²⁴ Más habitual era lo que vivieron los vecinos de Alcaraz durante aquel invierno de 1707. La localidad, de apenas cuatrocientos vecinos, había servido en los meses anteriores con tres compañías en la defensa de la frontera entre Castilla y Valencia. Eso no evitó que tuviesen que alojar a más de doscientos prisioneros de guerra, y, a continuación, a los regimientos de caballería de José Carrillo y del marqués de la Rambla. Estos últimos arrasaron los campos de trigo y cebada «como si fuera país enemigo, no dejando rebaño de venado que no quiten ni casa de campo que no quebranten, haciendo extorsiones que por la decencia se dejan al silencio».²⁵ Ante los episodios de violencia, se podía pedir justicia, pero ¿qué sucedía cuando tenían lugar relaciones sexuales consentidas? ¿Hasta qué punto era reproducible que los militares mantuviesen relaciones de ese tipo? En fin, ¿merecía castigo aquel desdichado soldado valón que desertó en Navalcarnero porque su enamorada le había abandonado?²⁶ La presencia de decenas de miles de hombres, españoles y extranjeros, repartidos por la geografía peninsular hacía de las relaciones íntimas algo inevitable, al margen de la violencia sexual que de forma velada aparece en la documentación y a la que ya hemos hecho referencia. Los intentos por regular las relaciones personales eran una cuestión de orden público, pero también suponían un dilema moral. El obispo Belluga se vio impelido a tomar cartas en el asunto a lo largo de 1707, año en el que la vida cotidiana de los murcianos se militarizó a una escala desconocida hasta entonces. Belluga se mostró contrariado con las restricciones de un Estado que veía con incomodidad la regularización de las uniones entre militares y civiles, consideradas estas mujeres como una carga y un gasto añadido.

CAPÍTULO 14

LA TIERRA TIEMBLA

Reinaba la confusión y, en aquel terrible ir y venir, Tomás de Idiáquez caía en manos del enemigo. Aislado y rodeado por soldados ingleses prestos a desvalijarle y acabar con su vida, su suerte parecía echada. De forma heroica, el zaragozano José Vergés, su compañero en las guardias reales, se volvía sobre los captores de Idiáquez, matando a varios de ellos: «al primero de un tiro a bocajarro, al segundo cortándole la cabeza con un golpe de su sable, al tercero tras recuperar el botín» que intentaba robar al insigne guipuzcoano.⁹³ No lejos de allí, el coronel inglés Killigrew perdía ambas manos en sendos tajos hechos por los jinetes españoles. Todavía tendría tiempo para girarse y alentar a sus hombres, antes de recibir el golpe de gracia. Envalentonados por lo que estaba ocurriendo en su costado derecho, el grueso de la infantería borbónica comenzó a avanzar, en el que sería el momento crítico de la batalla. El avance parecía imparable a tenor de lo que estaba sucediendo en su flanco derecho, donde la caballería borbónica acosaba a las tropas inglesas y portuguesas, y, de tener éxito el avance de su infantería, el ejército hispanofrancés podía rodear a su rival de una forma fatal. La llegada de la infantería francesa de la segunda línea encuadrada en la brigada Belrieu, comandada por *lord* Francisco de Bulkeley, exiliado jacobita y cuñado de Berwick, dio a la caballería española e italiana la cobertura necesaria. La carga de caballería liderada por José Amezága con los regimientos de Órdenes Viejo y Órdenes Nuevo barrió el avance británico, pasando a «esta gente a cuchillo sin que escapase alguno»,⁹⁴ en una acción en la que resultaron heridos algunos de los más insignes capitanes de estos regimientos, como Carlos Sucre, con más de veinte años de experiencia que no impidieron que su cuerpo fuese atravesado «de parte a parte». ⁹⁵ La caballería de Felipe V arrasó el flanco izquierdo del ejército aliado, y se combinó con la carga del regimiento Maine, «espada en mano y bayoneta calada», sobre los regimientos ingleses y portugueses que permanecían en pie, «poniendo en confusión a los enemigos, que con este incidente solo personaron en la retirada». ⁹⁶

A los regimientos que integraban dicha brigada se unió uno de los batallones de infantería valona, «que a este tiempo sostuvo el centro, y rehaciéndose de nuevo por tercera vez las guardias de corps volviendo Dios por su causa dándole fuerza la razón y su honra valor, les atacaron con tan arrogante intrepidez, que escarmentando su osadía en su castigo los derrotaron totalmente toda su ala izquierda». ⁹⁷

Berwick, lacónico, se limitaría a resumir la escena de forma sucinta, recordando aquel momento, «cuando el resto de la infantería vio que la nuestra se reagrupaba, que había brigadas que aún no habían cargado, que su ala izquierda había sido desbaratada y que la derecha huía en desorden, trató de retirarse, pero durante la retirada cargamos contra varios batallones y acabamos con ellos». ⁹⁸

Mientras esto tenía lugar, la infantería borbónica parecía tener la iniciativa en el centro, pero la bisoñez de la infantería española desniveló el ataque mientras los franceses avanzaban. La infantería aliada, que dependía de su exigua segunda línea para contener la acometida, centró todos sus recursos en repeler aquel avance. De rechazarlo e imponerse a la infantería borbónica, su caballería quedaría aislada en los flancos. La resistencia de la infantería angloholandesa, a la que se incorporaron regimientos de la segunda línea, detuvo el avance hispanofrancés, y obligó al sector central de la infantería borbónica a retroceder hasta las primeras casas de Almanza, pero lo hizo a un alto coste. Se trataba del momento crítico de la batalla, con las brigadas de La Couronne y Orleans a punto de hundirse ante el fuego inglés y de sus compatriotas hugonotes, y las brigadas de infantería española comandadas por Antonio del Castillo y el conde de Charny sufriendo también la acometida de la infantería británica. Para los aliados, la victoria pasaba por esta acometida implacable de su infantería y, para ello, era necesario recurrir a los regimientos de su segunda línea, pero se trataba de un avance en falso, como reconoció un anónimo oficial neerlandés:

Al ver el corazón del campo de batalla desprovisto de caballería, mandé cubrir nuestra izquierda con el primer escuadrón de mi regimiento, y asumiendo el fuego del batallón de La Couronne penetramos en él, y todo este batallón cayó en nuestras manos, y mis jinetes capturaron sus estandartes. En ese mismo instante otros dos batallones enemigos, para socorrer al corazón de su formación y restablecer el orden, rodearon a mi escuadrón por el flanco y realizaron otra descarga sobre nosotros, la cual nos obligó a [retirarnos] a socorrer el batallón de Weldre. ⁹⁹

Era ahora cuando la superioridad numérica del ejército comandado por el duque de Berwick iba a terminar por inclinar la balanza en favor del bando borbónico.

CAPÍTULO 18

EL ESTRUENDO DE ALMANSA

Como suele suceder en la primera debacle de un sólido grupo de poder –el conformado en torno al duque de Marlborough–, era necesario encontrar un culpable, diríamos, de consenso, dado el interés común en torno a mantener la primacía británica sobre los mares. No sin hastío, el generalísimo inglés, ante las insistentes quejas del archiduque Carlos y la falta de sintonía de este con el conde de Galway, se inclinaba por el conde de Noyelles como relevo del malhadado hugonote. Noyelles contaba con la máxima influencia sobre el archiduque, y los neerlandeses lo verían con buenos ojos.³² El conde de Galway sería cesado como *commander-in-chief* en diciembre, siendo relevado por Stanhope. El nuevo destino del general hugonote era Portugal, escenario mucho más discreto que España. El 7 de mayo de 1709, la aplastante victoria borbónica de La Gudiña –a unos cuarenta kilómetros de Badajoz– terminó por sepultar tanto el frente portugués como su carrera militar.³³ Derrotado, manco y tuerto, Galway se encontró en su vuelta a Londres con un gobierno *tory* que había iniciado las definitivas negociaciones de paz con Francia. Las culpas de la investigación parlamentaria iniciada en enero de 1711 sobre la malversación de fondos, el falseamiento de las revistas de tropas y, en líneas generales, las decisiones tomadas en España durante 1706 y 1707 como fuente de todos los males, cayeron sobre él. El proceso contó con la reaparición estelar de Peterborough, superviviente *par excellence* y reconciliado con el *establishment* del momento, y con Marlborough y Godolphin, defenestrados políticamente en el nuevo contexto, recordatorio como eran de una guerra demasiado costosa e impopular.³⁴

Las acusaciones y críticas que cayeron sobre Galway, algunas injustas al extremo de achacar a la derrota de Almansa el fracaso del sitio de Tolón meses después, no tuvieron consecuencias penales, y fueron una maniobra po-

lítica para ganarse el favor de la opinión pública británica y cargar las culpas sobre los políticos *whigs* y su intervencionismo en los Países Bajos y Alemania en vez de en España –y América–, donde radicaban en realidad los intereses británicos. Sin duda, la batalla de Almansa sacudió la vida política británica, al espolear el debate y el cambio político que condujo a los Tratados de Utrecht en 1713.

No sería el parlamentarismo británico, empero, lo único que moldearía. El embajador Amelot, fino observador de la Corte madrileña, reparó en un último cambio provocado por la batalla de Almansa. Sin mediar palabra, sin mayores aspavientos ni quejas, sin dar la menor orden al respecto, desaparecieron las golillas de la indumentaria de los españoles. De repente, se adoptó la moda francesa. Aquella callada revolución suntuaria era tal vez la más palmaria prueba de la sacudida que había tenido lugar en aquellas semanas posteriores al tan crucial 25 de abril. Excelente negociante –recordemos que ya había defendido los intereses comerciales de Francia durante sus etapas como embajador en Venecia y Lisboa– y siempre rápido a la hora de hacer lecturas, Amelot no podía sino felicitarse con cierta retranca, pues, a fin de cuentas, «es seguro que esto producirá un trasiego muy considerable de paños, telas y dorados franceses, y que el comercio de textiles ingleses, que antes se consumían en cantidades enormes, cesará por completo con España, incluso antes de firmar la paz».³⁵

Ajenos a esto, muy lejos del Viejo Mundo, los acontecimientos de 1707 concluían el 19 de diciembre, cuando zarpaba de Lima la Armada del Mar del Sur, con más de cinco millones de pesos, con destino a Portobelo.³⁶

En fin, ¿no era, acaso, una disputa mercantil lo que estaba detrás de aquella guerra? ¿O es que acaso había algo más?

Felipe V imponiendo el Toisón de Oro al duque de Berwick (1817), obra realizada por Jean-Auguste-Dominique Ingres en 1818, Colección del duque de Alba, Palacio de Liria, Madrid. Vemos aquí una escena posterior a la victoria de las Dos Coronas en Almansa. El 13 de diciembre de 1707, James Fitz-James, duque de Berwick, recibe el título nobiliario de duque de Liria y Jérica. En esta obra se subraya la continuidad dinástica, representada por el retrato de Carlos II que se distingue presidiendo la escena, y la unión entre las monarquías francesa y española, como podemos ver en las banderas con los escudos de ambas casas y en el escudo de España a la espalda de la reina María Luisa Gabriela de Saboya. En 1802, los ducados de Liria y Jérica y de Alba de Tormes se unían en la figura de Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva, importante mecenas y coleccionista de arte, el cual confió tan simbólico cuadro a un por aquel entonces joven Ingres.



CAPÍTULO 19

EL MUNDO SIGUE

La del conde de Robres fue una de las primeras y más destacadas voces en contra de los que pasarían a conocerse como Decretos de Nueva Planta. Las rendiciones sin oponer resistencia de Valencia y Zaragoza, la toma de partido en favor de Felipe V de distintas ciudades y villas de ambos reinos y la militancia borbónica de parte de las élites valencianas y aragonesas debían servir, según Robres, para que se respetasen las leyes e instituciones históricas. «Solo Dios puede confundir justamente en la pena al inocente con el culpado –razonaba el noble aragonés–, y el que no lo es, siempre tiene derecho de exigir del príncipe el cumplimiento de la promesa bajo la cual se le sujetó».² La supresión de las instituciones aragonesas y valencianas y de sus fueros en función del derecho de conquista y el delito de lesa majestad resultó polémica, con partidarios y críticos en el seno del bando borbónico y múltiples defectos en su aplicación.³ La opinión de Robres y otros autores felipistas, por no hablar de sus coetáneos austracistas, en torno a la abolición de sus fueros dio forma a la imagen de Felipe V como un monarca absolutista y, para más inri, vengativo y despótico. Se trataba de un hilo del que se tiraría en el siglo XVIII y, sobre todo, a partir de la aparición de los nacionalismos contemporáneos. Como señaló García Cárcel: «Felipe V ganó la guerra militar» pero «perdió la guerra mediática porque en una época de enorme elasticidad posicional, de triunfo del eclecticismo oportunista, compuso una imagen rígida, de absolutismo rancio».⁴ Pintiparada, nos atreveríamos a añadir, para los movimientos populistas de corte nacionalista de los siglos XX y XXI.

El modelo político borbónico, autoritario, vertical, mercantilista y centralizador, una vez consolida-

do, poco podía hacer frente al atractivo de la alternativa, largo tiempo intuida e idealizada pero nunca culminada, que representaba el austracismo como perfecta fórmula irrealizada, pretérita y futurible, reconocible y cómoda al tiempo que dinámica y vagamente asimilable a los exitosos ejemplos británico y neerlandés, así como avalada desde el desconocimiento del ordenamiento jurídico y político castellano. No es este el espacio apropiado para analizar los Decretos de Nueva Planta en profundidad, pero sí merecen ser situados como epílogo de la batalla de Almansa. La conquista de Valencia y Aragón durante la campaña de 1707 cercenó la concepción pactista, constitucionalista diríamos, de ambos reinos, un hecho que tanto partidarios como detractores de la dirección política borbónica señalaron y comentaron, y, aunque sería ventajista aseverar que empujó de forma definitiva a las élites catalanas al compromiso con el archiduque Carlos, sin duda agravaba una situación de difícil retorno.⁵ La abolición del Consejo de Aragón y de las Cortes y Diputaciones de cada territorio, su militarización mediante la presencia de un capitán general como máxima autoridad con la subordinación del poder civil al militar, las nuevas audiencias dependientes ahora del Consejo de Castilla, el nombramiento directo de corregidores y regidores con el consiguiente control sobre la vida municipal, la entrada de la moneda castellana, la modificación del régimen fiscal, y la sustitución del derecho penal propio por el castellano cambiaron profundamente la estructuración de dichos territorios y su integración en el Estado borbónico, si bien los decretos fueron matizados y reformados durante años venideros.⁶

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

